

contra la tierra y luego se levanta, y se mueve inquieto, á semejanza del enemigo que busca dónde mejor emboscarse, y por fin se lanza sobre ellos para asirlos á la vez, á cada uno con una garra. En esto Adán, el primer hombre, dirigiendo la palabra á Eva, la mujer primera, hizo que Satan se volviese todo oídos para escuchar aquel lenguaje para él tan nuevo.

«¡Oh mi única compañera, que eres parte de mi sér, y el más querido de todos cuantos me rodean! ¡Cuán infinitamente bueno es ese nuestro Hacedor, que además ha hecho todo este vasto mundo para nosotros, y que se muestra tan liberal de sus bondades, como poderoso é infinito en su grandeza! Nos ha sacado del polvo y puesto aquí, en medio de tanta felicidad, cuando nada merecíamos de su mano, cuando nada podemos hacer que él necesite; y en cambio sólo un precepto nos impone, sólo un deber fácil de cumplir: de todos los árboles de este Paraíso, que tan varios y deliciosos frutos nos ofrecen, únicamente nos prohíbe gustar del árbol de la ciencia, plantado junto al árbol de la vida. Cerca, pues, de la vida está la muerte; y que ésta sea cosa terrible, no admite duda, pues sabes bien como el Señor ha dicho que el fruto de ese árbol es la muerte; única prohibición que ha impuesto á nuestra obediencia, en medio de tantos dones como nos ha otorgado, y de tan gran poder y supremacia como nos concede sobre todas las criaturas que pueblan la tierra, los aires y los mares. No nos parezca, por lo tanto, penosa semejante privación, teniendo, cual tenemos, libertad para gozar de todo lo demás, y para escoger entre tantos y tan varios deleites el que preferamos; y así alabemos al Señor y agradezcámosle sus bondades, prosiguiendo en la grata ocupación de podar estos tiernos árboles y cultivar estas flores, trabajo que aun cuando fuera más penoso, á tu lado sería muy dulce.»

Y Eva le replicó de este modo: «¡Oh tú, de quien soy y para quien he sido formada, carne de tu carne, único objeto de mi existencia, que eres mi guía y mi superior! Justo y razonable es cuanto has dicho, pues debemos al Señor incansables alabanzas y agradecimiento; y yo más particularmente, porque gozo de mayor suma de felicidad al gozarte á ti, cuya supremacia es de tal naturaleza, que no hallarás cosa que se te iguale. Acuérdomé á cada instante de aquel día en que despertando del sueño por primera vez me vi reclinada en una umbria sobre las flores, admirada de mí, sin saber quién era, ni dónde estaba, ni de dónde ó cómo había venido. No lejos de allí, de lo interior de una gruta, nacía murmurando un arroyuelo, que esparciendo su líquida corriente, quedaba des-

pues inmóvil, y tan puro como la bóveda del cielo. Dirigime á él con toda la irreflexión de mi inexperiencia, y me tendí en su verde orilla para contemplar aquel terso y brillante lago, que se asemejaba á otro firmamento; mas al inclinarme sobre él, vi que de pronto, enfrente de mí y dentro del agua, aparecía una figura que también se inclinaba para mirarme. Retrocedí asustada; ella retrocedió así mismo; plúgome acercarme de nuevo; plúgole á ella acercarse igualmente, y dirigirme también sus miradas con el mismo interés y amor. Hasta ahora la hubiera estado contemplando, llevada de una vana afición, si no hubiera sonado una voz que me dijo: «Eso que ves, eso que estás contemplando, hermosa criatura, eres tú misma; como tú aparece y desaparece; pero ven, y te llevaré adonde no sea una sombra el sér que anhela gozar de tu vista y de tus dulces brazos, el sér cuya imagen eres y de quien gozarás también en inseparable unión. Tú le darás una multitud de criaturas parecidas á ti, por lo que serás llamada madre de la especie humana.» ¿Qué había yo de hacer sino seguir ciegamente al que sin ser visto me atraía de aquella suerte? Di algunos pasos, y te descubrí, tan bello y esbelto como eres, debajo de un plátano, aunque debo confesarte que nó me pareció al pronto tu belleza tan dulce, tan seductora como la del lago. Traté de huir, pero tú me seguiste, gritando: «Vuelve acá, hermosa Eva. ¿De quién huyes? ¿Huyes de mí, siendo mía, siendo mi carne, mis propios huesos? Para darte la existencia, he cedido una parte de mí mismo; de lo más próximo á mi corazón ha salido la sustancia de tu vida; y para tenerte siempre á mi lado, dulce consuelo mío, mitad de mi alma, te estoy buscando; que sin ti mi sér se vería incompleto.» Y tu cariñosa mano asió la mía, y cedi á tu anhelo, y comprendí desde entonces cuánto la gracia varonil excede á la de la belleza, cuán superior es la inteligencia á toda otra hermosura.»

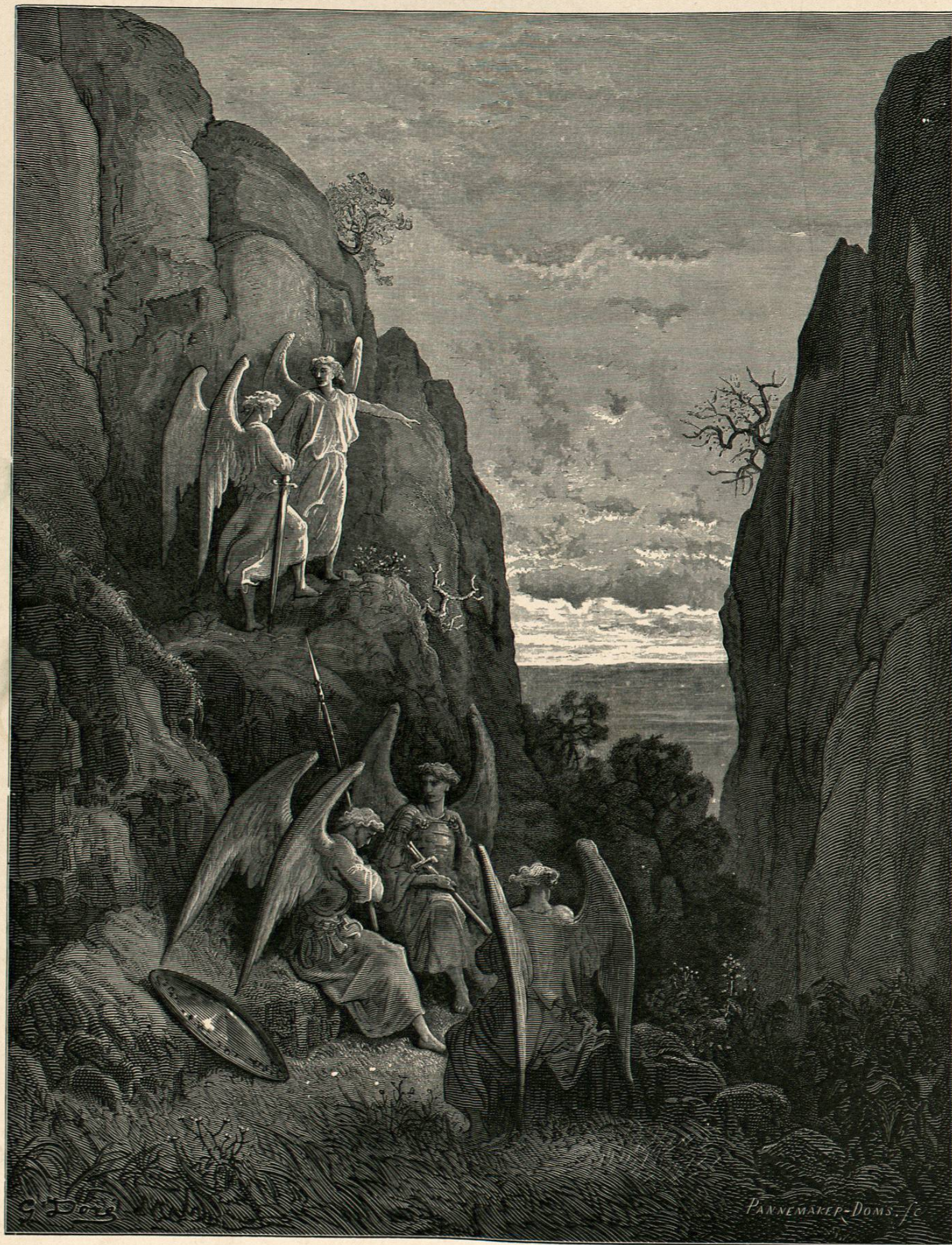
Así habló nuestra primera madre, y con miradas de casta seducción conyugal, y con el más tierno abandono, medio abrazándole se apoyó en nuestro primer padre, á quien hizo sentir la leve presión de su turgente seno, velado en parte por las rizadas ondas de su áurea cabellera. Enajenado él á la vista de tal beldad y de tan dóciles encantos, sonreíase henchido de amor, como sonríe Júpiter á Juno cuando fecundiza las nubes que siembran las flores de Mayo sobre la tierra; y selló los labios de Eva con un ósculo purísimo. Apartó Satan la vista lleno de envidia; y dirigiéndoles de soslayo una mirada maligna y rencorosa, exclamó interiormente así:



«¿Hay espectáculo más odioso é insufrible? ¿Han de gozar encantados estos, uno en brazos de otro, de delicias superiores á las del Eden, y han de disfrutar tal cúmulo de venturas miétras yo vivo sumido en el infierno, donde no existe placer ni amor, sino un violentísimo deseo, que no es por cierto el menor de nuestros tormentos, deseo que no pueden consumir ni satisfacer tantas penas y martirios? Mas no debo echar en olvido lo que he llegado á saber de sus propios labios: no pueden disponer de todo á su voluntad; hay aqui un árbol fatal, llamado de la ciencia, cuyo fruto se les prohíbe. Estales pues vedada la ciencia, lo cual es sospechoso y contrario á la razon. ¿Por qué su Señor les envia esa ciencia? ¿Si será un delito el saber, si será la muerte? ¿Si toda su existencia se cifrará en su ignorancia, y su dicha en esta prueba de obediencia y de fidelidad? ¡Oh! ¡qué bello descubrimiento para fraguar su ruina! Encenderé en su ánimo un vivo deseo de saber, de infringir ese envidioso mandamiento, inventado sin duda para mantener en la humillacion á unos séres cuya inteligencia los sublimaria al igual de los dioses. Pues bien: aspirando á esta gloria, gustarán de ese fruto, y morirán. ¿No es probable que suceda así? Pero ántes es menester examinar muy prolijamente este jardin, y recorrer hasta sus últimos escondrijos. Una casualidad, una dichosa casualidad puede conducirme á sitio donde halle, bien orillas de una fuente, bien al abrigo de una sombría espesura, alguno de esos espíritus celestiales, que me ilustre respecto á lo que me falta averiguar. Vivid pues, felices amantes, miétras podais: gozad durante mi ausencia de esos breves placeres, á los que sobrevendrán largas desventuras.»

Acabado de decir esto, se puso en marcha con arrogante y desdeñoso paso, aunque con astuta precaucion, recorriendo bosques, colinas, valles y llanuras. Descendia entre tanto lentamente el Sol hácia el punto extremo en que el cielo parece tocar con el mar y con la tierra, y sus rayos, extendiéndose hasta el Ocaso, reflejaban en la puerta Oriental del Paraiso. Era esta una roca de alabastro, que se alzaba hasta las nubes y que á larga distancia se descubria, accesible del lado de la tierra por medio de una subida que conducia á su alta entrada: el resto lo formaba un escapado risco, imposible de superar. Entre ambas pilastras de la roca se hallaba sentado Gabriel, caudillo de las guardas angelicales, esperando la llegada de la noche; y al rededor se ejercitaba en heróicos juegos la jóven milicia del cielo desarmada, pero conservando á mano sus escudos, yelmos y lanzas, pendientes en pabellones y ostentando el brillo deslumbrador de sus





CON ESTA PROMESA VOLVIÓ URIEL Á SU REGION.....

diamantes y oro. De repente, envuelto en un rayo de sol y atravesando la claridad del crepúsculo, aparece Uriel, rápido como una estrella que se desliza en otoño durante la noche, cuando henchidos los aires de inflamados vapores, muestran al navegante el punto desde donde se lanzarán contra él los vientos desencadenados; y apresuradamente empezó á decir:

«Gabriel, pues tienes á tu cargo la guarda y vigilancia de esta mansion venturosa, para impedir que nada malo se acerque aquí ni penetre en ella, sabe que hoy mismo, en la mitad del día, llegó á mi esfera un espíritu, deseoso al parecer de contemplar las maravillas más admirables del Omnipotente, y sobre todo al Hombre, última criatura hecha á su imágen. Le indiqué el camino que con mayor rapidez podia seguir; observé la direccion de su vuelo, y al verle detenerse en la montaña que cae al norte del Eden, noté que sus miradas eran poco propias del cielo y que habia en ellas algo de sombrío. Le seguí con la vista, pero le he perdido entre estas espesuras; y temo no sea alguno de los espíritus rebeldes, que salido del abismo, venga á suscitar aquí nuevas perturbaciones: tú cuidarás de descubrir dónde se oculte.»

Y el alado guerrero le respondió: «No me admira, Uriel, que residiendo tú en la brillante esfera del sol, abarques con tu penetrante mirada inmensas distancias y profundidades. Nadie puede burlar la vigilancia que aquí se ejerce, pasando por esta puerta, sino quien conocidamente proceda del cielo; y del mediodía hasta ahora no se ha presentado sér alguno celestial. Si otro de diferente naturaleza, como el que tú has descrito, ha traspasado estos limites terrestres con algun designio, ya conoces cuán difícil es oponer obstáculos materiales á una sustancia divina; mas cualquiera que sea la forma con que se encubra ese que dices, si se ha introducido dentro del recinto de estos muros, le hallaré mañana al rayar el día.»

Con esta promesa volvió Uriel á su region, llevado por el mismo rayo luminoso cuyo más elevado extremo le hizo descender con mayor rapidez al sol, que en aquella hora llegaba debajo de las Azores, fuese porque á impulso de una increíble velocidad hubiera ya terminado su diario curso, fuese porque la tierra, girando ménos acelerada y abreviando su curso hácia el Oriente, dejase á aquel astro iluminar con sus purpúreos y áureos fulgores las nubes que rodean su trono en el Ocaso.

Llegó por fin la tranquila Noche, y el pardo Crepúsculo cubrió el mundo